

ACTO TERCERO.

(Decoración del acto primero.)

ESCENA I.

MANUEL, un CRIADO.

Man. ¿Es decir que no ha vuelto todavía?
Cria. No, señor, no ha vuelto. Vino con la señora, y salió inmediatamente, llevando su caja de pistolas.

Man. ¿Su caja de pistolas? ¿Y Eugenia?
Cria. Está en su habitación. Si usted quiere que la llame.....

Man. No, no, déjala. (Ni podría yo verla frente á frente! ¡Sin intención me he convertido en su verdugo! ¡Pero como había de sospecharme!... Y David.... Cuánto le habrá torturado lo que esta tarde le dije en el entusiasmo de la discusión. ¡Si yo lo hubiera sabido! Hasta cierto punto yo tengo la culpa de todo esto. ¡Qué diablo! Por lo pronto lo que debo hacer es evitarle otra desgracia, ya que esta es imposible remediarla.)

(Al criado.) Si viene tu amo, le dirás que me espere, eh! que le necesito.

Cria. Está muy bien, yo le avisaré.

Man. Apresurémonos antes que sea tarde.
(Vase.)

ESCENA II.

EL CRIADO Y EUGENIA.

Eug. ¿Quién hablaba aquí contigo?

Cria. El Señor Romea.

Eug. ¿Vino á buscar á David?

Cria. Sí, señora; le dije que no estaba en casa.

Eug. Bueno, puedes retirarte. (Vase el criado.)

ESCENA III.

EUCENIA, sola.

¡Qué día tan horrible! ¡Al fin se han realizado todos mis presentimientos! Era fuerza que sucediera de ese modo; era fuerza que en la campana del destino sonara la hora de la expiación y del castigo. Ya esta noche se ha forjado el primer eslabón de la cadena que debe sujetarme á los dolores. (Pausa.) ¡Pobre David! ¡Cuánto habrá sufrido á causa de su infeliz esposa! ¡Ah! todo el cariño que una mujer puede encerrar dentro de su alma no sería suficiente para curar la herida, para cerrar la llaga que ha abierto en su corazón el puñal de mi pasado! Yo nunca debí consentir en este enlace, que á él como á mí nos condena á un martirio siempre palpitante y siempre negro. ¡La sociedad es muy severa! ¡Juzga y sentencia sin ninguna compasión para el culpable! ¡Y si se

conformara nada más con eso!
 Pero en su fallo incluyé hasta al inocente, al que no ha tenido otra falta que disentir de su opinión y despreciarla. Porque David, ¿qué culpa tiene David de mi desgracia? ¡Y yo no tengo ni á quién acusar! . . . ¡mi madre! . . . no, no! Mi santa y buena madre ni siquiera se figuraría en el instante de abandonar la tierra, que en ese mismo instante su pobre Eugenia se vendía para comprarle otras cuantas horas de existencia! ¡No, yo no tengo derecho ni á su gratitud; cuando más á su perdón. . . á que no me maldiga desde el cielo. . .

ESCENA IV.

EUGENIA, ANTONIO.

- Ant. *(Colocando su sombrero en la silla próxima á la puerta.)* ¡Magnífico! Está sola; entremos. Buenas noches, Eugenia.
- Eug. Antonio, buenas noches. ¿A qué debo ver á usted á estas horas por mi casa? *(Antonio se sienta á la invitación muda de Eugenia.)*
- Ant. Eugenia, después de lo que ha pasado en el baile de San Cosme, creí que no era conveniente á mi dignidad, como verdadero amigo de usted y de su esposo, permanecer en el salón un solo instante. Mi carruaje estaba á la puerta, y me resolví á venir á acompañarlos.
- Eug. Gracias.

- Ant. Usted me hará justicia en creer que he sentido como ninguno la desagradable ocurrencia de que yo mismo fui testigo á mi pesar.
- Eug. Antonio. . . .
- Ant. Porque, en fin, usted no merecía que la hubieran abochornado con un desaire tan grosero.
- Eug. ¡Ah!
- Ant. Pero usted no debía haber aceptado la invitación, considerando que. . . .
- Eug. *(¡Esto más!)*
- Ant. Esas gentes sin educación y. . . .
- Eug. Caballero: podía usted haberme ahorrado una visita cuyas intenciones se traslucen tan á las claras.
- Ant. ¿Por qué dice usted eso, Eugenia?
- Eug. ¡Porque sus palabras, aparentemente de consuelo, no son en el fondo sino un insulto cobarde y miserable!
- Ant. Eugenia: permítame usted que le diga que me ha comprendido muy mal, y que ignoro qué razones pueda usted tener para justificar lo que me ha dicho.
- Eug. ¿Sí? ¿Piensa usted que desconozco el origen de lo que hoy ha sucedido? ¿Cree usted que yo no he adivinado en qué cabezas ha nacido el pensamiento de perderme, el pensamiento de despertar y avivar la murmuración, para que arrojara sobre mi frente lo asqueroso de su insulto? ¡Ah! Ustedes los hombres de mundo y del gran tono son así. . . infames y mezquinos! . . .

Se figuran que con el dinero pueden alcanzarlo todo, y cuando se encuentran con una mujer que sabe resistir á sus caprichos criminales, porque no quiere convertirse en mercancía, se vengan de ella, como usted, haciendo una arma de su debilidad y de sus faltas. Se llaman católicos y filántropos, y entienden la caridad á su manera, perdiendo á una desgraciada que se muere de hambre, y siendo los primeros en el cinismo para levantar la piedra y arrojársela.

Ant. No sabía yo que tenía usted este otro mérito. Sabe usted disertar perfectamente.

Eug. ¡Yo también ignoraba que á más de infame fuera usted cobarde!

Ant. Dejémonos de insultos, y acabemos. El incidente de esta noche ha puesto la situación de usted desesperante, su esposo la abandonará probablemente, no siendo posible seguir viviendo unidos como hasta ahora, y usted, en el último resultado, se hallará sola y sin apoyo, reducida á la mendicidad y á la miseria. Este porvenir se ve tan claro, que ni siquiera se puede poner en duda abrigando otra esperanza; lo necesario es evitarlo en cuanto quepa. Si usted quiere, mañana mismo tendrá lugar esa separación, pero al menos no le faltará con qué vivir, no digo en la comodidad, hasta en la opulencia.

Eug. (*Indignada.*) ¡Caballero!

Ant. Permítame usted concluir. En otro tiempo, cuando le hubiera sido muy fácil hacer feliz á un hombre que la amaba, aceptando sus promesas, usted se mostró inflexible, inexorable; despreció sus ruegos y sus lágrimas, porque en el horizonte de la vida, divisaba usted un mundo más risueño, un porvenir más alhagador y más querido. Pues bien, Eugenia; hoy que el amor de ese hombre vive todavía, hoy que de rodillas viene á pedirle y á suplicarle nada más que un poco de cariño; hoy que David, ese mundo y ese porvenir soñados, se ha vuelto un imposible para usted. Eugenia, ¿no tendrá derecho su pobre amante de há cinco años para ofrecerle con su corazón y sus riquezas una tabla salvadora en su infortunio? ¿No tendrá derecho para decirla: huyamos, en Europa nadie nos conoce, buscaremos un lugar aislado, oculto entre flores, y allí, unidos los dos por el cariño, obligaremos á la fortuna á que vuelva á mostrarnos su sonrisa?

Eug. ¡Basta!

Ant. ¿Pero que responde usted, Eugenia?

Eug. Le perdono á usted este nuevo ultraje, pero puede evitar el continuarlo.

Ant. Es que yo . . .

Eug. De lo contrario me veré en la necesidad de llamar á mis criados para que le arrojen.

Ant. ¿Me amenaza usted entences? . . .

- Eug. Es simplemente una advertencia.
 Ant. ¡Ah! Sí; como la que recibió usted en la tertulia, ¿no es verdad?
- Eug. ¡Caballero, salga usted de aquí en el acto!
- Ant. Una palabra nada más. Si mañana cuando usted haya comprendido que en esta casa nada tiene que esperar; que David será para usted un remordimiento y una acusación constantes; si mañana, recordando lo que hoy le he prometido, quiere usted acojerse en los brazos. . . .
- Eug. ¡Miserable! (*Dirigiéndose á la campanilla.*)
 Ant. (*Deteniéndola.*) No es preciso que usted llame, me retiro. La amo á usted demasiado para desear que la crónica escandalosa de mañana la tome por dos veces á su cuenta.
- Eug. En el instante salga usted de aquí.
 Ant. Obedezco. . . . está muy bien! (*Tomando su sombrero.*) Adiós, Margarita; y cuente con una invitación para mi próximo baile.
- Eug. ¡Esto es ya demasiado, Dios mío!
 Ant. ¡Vaya, vaya! Adiós! (*Vase.*)

ESCENA V.

EUGENIA, después MARÍA.

- Eug. ¡Virgen santa! ¿Qué he hecho yo para que me atormente de esta manera mi destino? ¿Qué he hecho yo para no ver en mi derredor más que implacables

- verdugos que en su crueldad hacen una diversión de mis dolores?
- Mar. ¡Eugenia!
- Eug. ¿Le has visto?
- Mar. ¿A quién?
- Eug. A Antonio.
- Mar. Le vi subir á su carruaje; ¿por qué me lo preguntas?
- Eug. ¿Sabes á qué vino?
- Mar. No, ni pudiera sospecharme. . . .
- Eug. A cebarse en su venganza y á ofrecerme una limosna, á proponerme que abandonara á David para marchar con él á Europa.
- Mar. Pero ese hombre es un infame. . . .
- Eug. Si, un infame que ha aprovechado la ocasión de devolverme todo el odio que le tengo, y pagarme todo el aborrecimiento que me inspira.
- Mar. ¿Y tu esposo no ha vuelto todavía?
- Eug. No ha vuelto, se fué prohibiéndome que le siguiera, ó mandara seguirle, y yo me temo que le haya pasado una desgracia! Manuel vino á buscarle, y en este momento tal vez sea el único que le acompañe. Su amigo íntimo. . . . el primero que me ha acusado de mi falta, ignorando todo el martirio que me causaban sus palabras! Ah! si yo no hubiera estado convencida de lo contrario, habría creído que era intencional aquella especie de placer con que parecía gozarse en mi tormento. Yo le disculpo y le perdono.
- Mar. ¡Pobre amiga mía!

- Eug. ¡Pobre amiga tuya!... Sí, soy muy desgraciada!... tienes razón para compadecerme... es tanto lo que sufro, que yo no sé lo que sería de mí si esto durara mucho tiempo. ¡Hace un momento quería llorar, y mis ojos no han tenido ni una lágrima!... la muerte... me parece como el último refugio que me concede el cielo.
- Mar. Eugenia: no me hables de ese modo, si no quieres que llore yo también contigo. Es verdad que tus quejas son muy justas, y que no tienes más seno que el mío para depositarlas; pero no debes desesperarte, ni pensar en esas cosas. Tú no me harás el agravio de creerme indiferente á tus pesares, soy tu hermana, y tengo derecho á compartirlos y á sufrir con ellos.
- Eug. ¡Perdóname! pero tú lo has dicho, no tengo más amiga que tú para decirle mis quejas y llorar con ella, tú, mi buena María, que me hablas de tu corazón y de tu cariño, en medio de los insultos con que los demás me agobian; tú, que vienes á mi lado en estos momentos de lucha y agonía á enjugar el llanto de maldición que corre de mis ojos. (*Dan las tres.*) Una, dos, tres, qué noche es ya.
- Mar. Las tres.
- Eug. Y David que no viene todavía.
- Mar. Ya no debe tardar, lo esperaremos.
- Eug. No, María, tú te vas á descansar en mi habitación mientras él vuelve. Des-

- pués, yo te prometo ir á hacerte compañía.
- Mar. Le aguardaremos las dos, Eugenia, yo no quiero dejarte sola.
- Eug. ¡Vamos! dentro de un minuto estaré á tu lado; entre tanto rezaré mis oraciones, y le pediré á mi madre que me dé lágrimas y valor para seguir sufriendo.
- Mar. Y cuando acabes.....
- Eug. Inmediatamente iré contigo.
- Mar. Con esa condición, acepto. Hasta luego, Eugenia. (*Besándola.*)
- Eug. Adiós, María. Reza tu también por mí.
- Mar. (¡Pobre Eugenia!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

EUGENIA *sola.*

Aprovechemos los instantes; no hay tiempo que perder! Es necesario que todo haya concluido para cuando él llegue. Ya que en un arrebató de cariño tuve la debilidad de dejarme vencer por sus alhagos y sus ruegos, accediendo al enlace de dos almas separadas por el abismo de la deshonor, yo tengo la obligación de remediar, en cuanto sea posible, los efectos de aquel momento de locura. Sí, sí, Eugenia, ¡valor! No tiembles ni vaciles para cumplir con tu deber.

(*Toma un album, entre cuyas fotografías se supone que está la de David.*)

El que amas, el que adoras, éste, éste

que te ha acariciado tantas veces, te deberá á lo menos el sacrificio de tu vida por su libertad y por su dicha! Te lo ordena tu pasado! mi pasado! . . . Sí, acabemos! (*Toma un pliego de papel y escribe.*)

Ahora sí.

(*Cierra la carta, extrae el retrato y lo besa repetidas veces.*)

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Amado de mis sueños!
(*Toca la campanilla y aparece un criado.*)

ESCENA VII.

EUGENIA Y UN CRIADO.

- Cria. ¿Llamaba usted, señorita?
Eug. Sí, acércate. David ha de volver dentro de poco, no le digas que he salido. Cuando te llame le entregas esta carta.
- Cria. Está muy bien. Así lo haré.
Eug. No agregues ni una sola palabra más. Si María, la joven que está en mi habitación, sale y te pregunta adónde he ido, le dirás que no me has visto, que no lo sabes, ¿entiendes? que no lo sabes. Toma (*Le da un bolsillo.*)
- Cria. Gracias, señorita.
Eug. No olvides nada de lo que acabo de decirte.
- Cria. Pierda usted cuidado, no lo olvidaré.
(*Vase el criado y vuelve al mutis de Eugenia. Esta toma su abrigo, que estará sobre una silla, se arrebujá en él y sale apresuradamente*

sin volver la cara. Al llegar á la puerta del fondo, se detiene como vacilando, y resolviéndose al cabo dice:)

Eug. ¡Adiós! ¡Adios! (*Vase*)

ESCENA VIII.

EL CRIADO solo.

Pues, señor, yo no sé qué cosas suceden esta noche en casa: el portón abierto hasta las tres de la mañana; visitas y carruajes; el amo que entra por un lado y la señora que sale por otro!..... Aquí debe haber algo, y algo grave necesariamente. ¡Nada! Yo voy á seguirla y á acompañarla, aunque sea de lejos, siquiera para que no vaya á pasarle una desgracia. Pero ¿y la carta? Cuando ella me hizo tantas recomendaciones, debe ser de mucha importancia que la entregue. (*Suena dentro un campanillazo.*) A propósito: parece que el amo llega. Tentaciones me están dando de decirselo todo, y de..... pero no, más vale hacer lo que se me ha ordenado.

(*Se coloca tras de la puerta para que no lo vean. David y Manuel que llegan. Después de un momento se va.*)

ESCENA IX.

DAVID Y MANUEL.

- Man. Gracias á Dios que hemos llegado. Entra y descansa para que te acues-

tes en seguida á ver si el sueño y la reflexión consiguen de tí lo que yo me he empeñado vanamente en alcanzar.

Dav. Es por demás que insistas; lo he pensado mucho, y mi resolución es invariable. Mañana, ó yo, ó ese hombre, quedaremos en el campo. Si él ha querido tener el gusto de insultarme en plena sociedad, insultando á mi esposa, yo se lo amargaré matándole, sí, matándole!

Man. ¿Y quién te ha asegurado que D. Ramiro fué el que.....?

Dav. Ninguno otro puede haber sido más que ese viejo ridículo y cobarde.

Man. Suponiendo que él sea: ¿según tu manera de ver te ha deshonrado?

Dav. Sí.

Man. Y hablando razonablemente, ¿qué provecho crees tú que te resulte de ese duelo?

Dav. Ya te lo he dicho: vengarme.

Man. Eso si tú quedas vencedor en la partida, pero si, por el contrario, á él le favorece la casualidad?

Dav. No seré la befa y el baldón de todos, y además habré hecho cuanto pudiera exigirme mi conciencia de hombre honrado.

Man. No, no; en vez de lavar esa deshonra, lo único que alcanzarás será prestarle mayores proporciones y darle más publicidad; tu conciencia no puede ordenarte eso.

Dav. ¿Es decir que yo debo sufrir con los brazos cruzados este ultraje? Ó me aconsejarás que lleve este negocio á los tribunales..... ¿no es así, Manuel?

Man. (*Impaciente.*) ¡Vamos!

Dav. Para que mañana todos me señalen con el dedo, como un hombre sin dignidad y sin honor! Para que mañana mi satisfacción sea imposible, porque para la murmuración y la calumnia no hay espada.

Man. Todo esto se habría evitado, si en vez de dejarte arrastrar por tus ideas, hubieras reflexionado un poco en las terribles consecuencias á que habían de conducirte.

Dav. ¡Manuel!

Man. Una amistad de veintiún años, que tú no puedes poner en duda, me da derecho para decirte esto. Si, David: si tú hubieras meditado entonces seriamente; si tú hubieras sofocado el amor de Eugenia en sus principios; si no hubieras unido tu nombre con el suyo, en este instante no estaría destruido el edificio de gloria en que has trabajado tanto tiempo, ni verías muerto en tu alma hasta el cariño de esa misma mujer por quien hiciste el sacrificio de tu porvenir, olvidándote de que un hombre como tú, un artista, pertenece á la sociedad antes que todo..... á ese terrible juez, que ya lo has visto, no perdona. Enhorabuena los principios filantrópicos, los prin-

cipios de caridad y de perdón; pero eso se deja para Cristo. Un soñador, un obrero de la gloria, que tiene necesidad del mundo para realizar sus ensueños, debe apartar á un lado esas ideas, que en el siglo diez y nueve no son más que utopias. La naturaleza de la sociedad es esa: intransigible y exigente. Es una llaga que no admite en su derredor á los leprosos: es un mendigo que no consiente en su derredor á los harapos..... no le hagas ver sus formas, y estará contenta. Permite que lo seas todo, menos miseria. Es preciso que te conformes por haber cumplido tus caprichos.

Dav. ¿Y Eugenia?

Man. La abandonas, asegurando su porvenir, para que mañana no tenga que pedir una limosna.

Dav. No, yo no puedo ni debo cometer con ella semejante crimen, mi corazón se resiste á una infamia semejante.

Man. Entonces déjala á tu lado, eso es lo más sencillo!... Si tú quieres ver repetidos día por día, hora por hora y minuto por minuto, el infierno y el sonrojo de esta noche, déjala á tu lado y resuélvete á...

Dav. María llega: silencio.

ESCENA X.

DICHOS, MARÍA *luego un CRIADO,*

Mar. ¿Y Eugenia?

Dav. ¿Cómo? Pues qué, ¿no está en su habitación?

Mar. Ahí he estado yo esperándola..... me obligó á retirarme con la promesa de que pronto iría á descansar conmigo, pero....

Dav. ¿Entonces? ...

Mar. Yo me sospecho que, en la inquietud de ver á usted, haya salido acompañada de algún criado para buscarle.

Man. Pronto nos convenceremos de lo cierto. (*Toca la campanilla.*)

Mar. (Yo no sé qué presentimiento horrible me acomete)

Cria. Señor....

Dav. ¿Has visto tú salir á Eugenia?

Cria. Sí, señor, salió como á las tres de la mañana. Me encargó que le diera á usted esta carta. (*Se la da y vase.*)

Dav. ¡Una carta! ¡Su letra!
(*Rasga violentamente el sobre y lee con marcada agitación.*)
"David: perdóname si no te doy el beso de esta despedida eterna! Creis-
te ser feliz con el amor de una mujer
"manchada; te engañaste! ¡Adiós! pa-
"ra siempre!... El mundo y tu felici-
"dad exigen que te deje libre. Yo
"no debo arrastrarte en mi desgracia,
"haciéndote víctima y solidario de mi

"Ayer! Dios tendrá misericordia de
 "mí, ya que los hombres me la nie-
 "gan. ¡David! ¡perdón! olvida á tu in-
 "feliz Eugenia, y adiós, adiós!" (*Decla-
 mando.*) ¡Pero esto es imposible! (*Vuel-
 ve á leer.*) "¡Adiós para siempre!
 "¡Olvida á tu infeliz Eugenia!... y" . . .
 (*Declamando.*) No, no, Eugenia. . . es-
 "pérame, perdónome. . . ya voy, ya
 "voy! *Yo te adoro á pesar de tu pa-
 "sado!*

(*Se encamina vacilante hacia la puerta como
 para correr, y al hacerlo se desploma.*)

Mar.

(*Acercándose.*) ¡Pobre mujer!

Man.

(*Señalando á David.*) Sí, y pobre mártir!!

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA.

ZARAGÜETA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA

Estrenada en el teatro LARA el 14 de Febrero de 1894



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. LARA
 "ALFONSO PORTIS"
 1910. 1625 MONTANEY, MEXICO

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR

CALLE DEL AGUILA NUM. 12.

1894